

CREACION



JUEGO DE VELORIOS

Antonio Vale Briceño

Ir a eso, Marcelino, a espiar el llanto de las primas; así, como siempre lo hiciste desde que murió la abuela entre unciones de alcanfor y paños calientes: cataplasmas que expandían sus olores por toda la casa, a lo largo del corredor, entre los cuartos cerrados y oscuros, más allá de la cocina y después de la puerta ruinosa que daba al patio de la casa aquella donde todos comenzamos a conocer la vida: ésa, Marcelino, la que se intuye con los primeros decesos cercanos.

Poco sabían las primas de tus esfuerzos denodados, de aquel extraño mecanismo amoroso que bebía de la muerte y que se refugiaba en el dolor compartido. Una asociación de objetos: calas, velas, coronas, pésames escritos, café y cigarrillos obsequiados; rutina de sillas plegables, rezos chillones pidiendo la "luz eterna" para la muerta o el muerto de turno. Una asociación de sujetos: familiares que llegaban de la capital -tus otras primas- a sugerir cambios de última hora o a contribuir con los

pormenores económicos del entierro. Y DALE SEÑOR EL DESCANSO ETERNO... (Para la prima Cecilia: El problema de tus ojos es que se hicieron para mí. Lo dije tres veces y tres veces los dioses confirmaron el dicho. Tanto los dioses como yo, lo sabemos. Pero tú sigues ocupada)... Para ti no había descanso, Marcelino. Vivías sumergido en tácticas demoledoras, buscando el momento apropiado, la hora de la soledad ajena, el llanto de la madrugada más alta. Y no había tregua en el ambiente, Marcelino, acaso porque el tiempo se había vuelto tu peor enemigo. Alrededor del muerto, desconectado de sus suspiros y de sus querencias, montabas el espectáculo desde la confesión última del cura, fijos los ojos sobre la hilera de primas que cuchicheaban acerca de cosas triviales: comentarios referidos a viejos festejos, regalos de cumpleaños famosos, ocurrencias del muerto en una velada que había resultado célebre, pasajes fugaces recordados por todas ellas como si no existiera el desenlace fatal, la marcha sin regreso. Mirabas, Marcelino, de frente o de perfil o de reojo o con los dos ojos puestos sobre los ojos de todas ellas. Mirabas los senos, las pantorrillas desnudas, los tacones negros y puyudos. DESCANSE EN PAZ... (Para la prima Marlene: Sé que nos une una fuerte carga de explosiones íntimas. Basta el encuentro casual, la decisión de un dios voluptuoso que invierte tiempo en tropezar las esquinas, para que el volcán de ambos estalle de un solo golpe. Luego surge la duda del encuentro, invocando a distancia la necesidad de una tregua larga que nunca llega y que jamás provocaremos de veras. La verdad es que no nos amamos. La verdad es que otros dejaron de amarnos y que por eso seguimos aferrados a una ficción que nos calcina, a un espejo en el cual se repiten las dos experiencias del abandono)... Miraba y remirabas frente a sus ojeras trasnochadas, aguardando silencioso el curso de cada reacción súbita, agazapado y solícito, buscando el extravío favorable, después que los rezos se agotaban y las moscas rompían la quietud de una noche convertida en silencio fúnebre. AMEN.

Era fácil registrar el listado, la nómina necrológica que se

iniciaba con la abuela paterna para dar paso a una docena de muertos: la tía Guadalupe, el primo José Ramón, Chicho, Micaéla, Rosa Carmina, Angela, Bertulfo, Germán, Rafaelito, Dilcia, Don Bernavé y Tula. Era además posible relacionar cada nombre con la larga lista de enfermedades: infarto, cáncer, vesícula, gangrena, venérea, tifus, leucemia, alcoholismo, próstata, descuido, accidente y locura. Se iban en año par, Marcelino, con agonía prolongada o si no de un modo repentino, marcando una cábala opuesta a los números impares, repitiendo el camino, abonando el itinerario posterior con un rito que más bien parecía diseñado por el diablo y que tú aprovechabas para proyectar tus amores inusuales, entre muerto y muerto, recapitulando con el siguiente los puntos intermedios que el anterior había dejado sin saber que provocaba una brecha. Se iban en año par, Marcelino, ejecutando una lógica que además los hacía marcharse por orden de aparición en el mundo. Uno detrás del otro: la tía Guadalupe detrás de la abuela y el primo José Ramón detrás de la tía Guadalupe. Y así hasta la pobre Tula que se había desplomado de un solo golpe: corriendo tierra y hablando con espantos y seres de otras latitudes y confines. Y DALE SEÑOR EL DESCANSO ETERNO... (Para la prima Pilar: He perdido la dirección de tus pasos. A tientas, miro a mis espaldas y veo un balcón remozado, con unas persianas que desdican mucho de lo que fue, sin duda, el lugar donde solías burlarte de mis obsesiones. Debes estar cercana a los cuarenta, con hijos y un esposo ejemplar que te lleva el desayuno a la cama. Te felicito. Conmigo hubiera sido diferente)... En realidad sabías escoger el espacio, Marcelino; sí que sabías ocupar el sitio adecuado de la sala amplísima. Retomabas los ángulos, te movías cada vez que una de las primas se acercaba al ataúd y le rendía su tributo de lágrimas al muerto. AMÉN. Ibas, Marcelino, despacito y sereno, apesadumbrado de mentira, con el rostro de cartón piedra y los brazos cruzados a la altura del pecho. Ibas y llorabas, Marcelino, junto a la prima desconsolada, frente al muerto o la muerta de turno y delante de los vecinos que te creían el más afligido de los familiares. Murmurabas resignación, Marcelino, paz a sus restos

y un retorno inexorable al polvo que definitivamente éramos todos. Entonces comenzaban los encuentros leves, los roces disimulados que apenas se notaban en la espesura de la sala: tan escondidos por la ocasión del muerto o la muerta de turno o por los sollozos apagados de aquel cuerpo que tropezaba con el tuyo entre calas y moscas en pleno vuelo. Solías mirar de soslayo el cadáver; creías verlo agitar sus párpados azulados e inmóviles, como enfrentado desde la mortaja a tus afanes irreverentes y a tus cabriolas eróticas. Pero seguías con los juegos, Marcelino, alentando a las primas nuevas y a las viejas, a las que venían de Caracas y a las que nunca se marcharon porque aguardaban su turno en el largo rosario de las muertes concebidas cada dos años. Tenías varios años abriendo la compuerta superior de la urna para que todos se despidieran con la señal de la cruz. **Y DALE SEÑOR EL DESCANSO ETERNO...** (Para la prima Elba: Ayer vi los pliegues de tu rostro en una nube. Con el dedo índice, después de mirar a distancia el cielo revoltoso, sentí que me iba. Quise atrapar la nube, tocar el cielo con mis manos, garabatear la espuma como un niño que inventa su propia plastilina. Lo hice y el viento sopló raudo, desde una colina que disolvía el cielo con ráfagas de humo negro. Entonces conocí el olvido)... Y allí aprovechabas, Marcelino, con el cura regando agua bendita sobre el féretro y los monaguillos vestidos de payasos. AMEN.

Había que observar con qué dinamismo y soltura ejecutabas la faena. Había que verte, Marcelino, precisando el momento justo en que llegaban a despedirse de la muerta o el muerto de turno. Había que ver los rostros, Marcelino, adheridos a los pliegues de un llanto que se había secado con el uso de los abrazos y de las lamentaciones histéricas. Caminaban de noche, Marcelino, descubriendo o exhibiendo el negro luto de sus cuerpos lastimados. Iban, Marcelino, iban y se santiguaban frente al pobre muerto que yacía lánguido sobre aquel eje invertido, en aquel reposo absoluto que originaba rechazos curiosos, encantos, envidias extrañas, masoquismo, ganas de morirte mientras tú presionabas

sobre la parte de atrás y el muerto se deshacía en silencio. Poco sentían ellas, Marcelino, las primas inocentes que confundían el juego tuyo con la ternura de los amores idos. Había que ver sus ojos, Marcelino, sus miradas candorosas y sublimes; sus gestos forjados en otros gestos que tenían mucho más que decir acerca de la muerta o el muerto de turno. Sé que te esforzabas, Marcelino, hilvanando nuevos espacios y removiendo los grupos a conveniencia: siempre detrás de una revelación de última hora. Avanzabas por las calles del pueblo, semiescondido, apenas perceptible a los ojos de tus familiares, reciclando en la travesía los roces y los encuentros que ya antes habías ejercitado en la casa. Consolabas a las primas en el trayecto, Marcelino, las tomabas de la cintura cuando ellas subían las gradas de la iglesia. Entrabas al templo con una cara vestida de falsas coloraciones, serio, Marcelino, serio y firme y rígido como las estatuas, embutido en aquel traje blanco que siempre lucía impoluto frente al altar mayor del recinto. Te acomodabas en las primeras bancas, adelante, solemne como un obispo, moviendo el codo y los antebrazos para buscar entre la hilera de primas sus bustos erguidos e indefensos. Rezabas y te hincabas, Marcelino, mezclando rodillas y agitando las partes bajas de tus zapatos, provocando entreveros sobre el andamio y con los ojos enrojecidos por la angustia. Había que verte, Marcelino, había que sopesar la audacia tuya mientras el cura pronunciaba la misa. Había que admitir lo complicado de la operación que hacías, el astuto juego que rondaba en la ceremonia sin que la gente pudiera imaginar tus intenciones. No eras topo, Marcelino, eras pez en el agua, quizá un volcán furioso, tal vez un Vesubio en efervescencia pero sin ninguna relación entre la lava y el ruido. Y DALE SEÑOR EL DESCANSO ETERNO... (Para la prima Sonia: Pedí media hora y no pudiste dármela. Entonces entendí que nueve años no eran tan importantes como un puente de cemento. Entendí que el amor era un vínculo de flores. Flores, de paso, que se marchitan con el tiempo. Me quedé solo cebando la locura de un iluso. Hablando como ciertos tontos que no tienen brújula. Oponiéndome al viento de las madrugadas que se iban

perdiendo entre las noches de un verdadero conticinio)... Eras eso y más, Marcelino, porque después de la iglesia venían los reacomodos finales, el trecho apesadumbrado que conducía al cementerio del pueblo y en cuyo espacio volvías a retomar el mando. Caminabas, Marcelino, entretenido en los pasos lentos del cortejo o abstraído en tus cavilaciones lúdicas, apostando a las paradas naturales de la marcha o a los choques de tu propia marcha que no eran nada naturales ni espontáneos. AMEN.

Sucumbías al hechizo de los desmayos; esperabas, Marcelino, sobre las losas rectangulares y frescas o encima de la tierra negra que habían sacado del hueco. Observabas los tonos diversos de tus primas, los matices y los sudores, las bajadas violentas de sus sangres, el dolor, Marcelino, transmutado en un color pálido que se imponían sobre el resto de los colores. Esperabas, Marcelino, con todos los sentidos depositados en el grupo de primas, ataviado con tu traje de espuma y escondido detrás de aquellos lentes que a su vez ocultaban otras cosas: la impudicia, Marcelino, los actos profanos y embusteros de tu vida.

Había que verte cuando por fin una de las primas se caía sobre sí misma, cuando el sol o las primas o tú mismo la enviabas al pavimento o la echabas en las baldosas del panteón que servía de morada final a la muerta o el muerto de turno. Eras un buitre, Marcelino, porque bastaba el indicio de la caída para que todos se fijaran en tus destrezas. Ibas siempre en auxilio de la prima con un pequeño frasco de colonia barata, alzabas su cuerpo entre los chillidos y el asombro de la familia: te la llevabas, Marcelino, te la llevabas más arriba o más abajo de la tumba y realizabas allí un raro culebreo sobre la grama. Había que verte, Marcelino, con las manos tuyas sobando el relieve de sus senos, tocando ligeramente el vientre o confundiendo en medio de sus cabellos las protuberancias de un rostro sin escrúpulos, glacial, tieso e indiferente, despersonalizado en exceso por aquel acto de infamia que muchos creían ligado a un sentimiento de amparo. Tocabas y sobabas, Marcelino, sobabas la piel y tocabas, mezclabas los dedos en la falda mientras la

prima reproducía temporalmente la posición de la muerta o el muerto de turno. **Y DALE SEÑOR EL DESCANSO ETERNO...** (Para la prima **Andreína**: Había una libertad de pájaro en ascenso, un vuelo de mariposas que iban danzando entre nubarrones de vientos encontrados: tal vez detrás de un blanco imprevisible que ni tú misma podías someter al dominio de la razón o a los cantos del intelecto. Andabas, como nadie, por encima de la línea que hacía juego con el piso de tu refugio: un apartamento funcional que olía a mujer limpia y exquisita y en el cual detuve mis ocho días de bohemia, después que alguien recogió mis desechos y decidió marcarme un rumbo con brújula propia. Amo esa noche como nunca he amado la vida. Creo que allí estaba todo lo que me falta)... Pero no había descanso, Marcelino; definitivamente no lo había porque explorabas más hondo en la casa, de regreso y en reverso, metiendo codos y brazos durante los diálogos finales, antes o después que tus primas aceptaban resignadas el agua de azúcar y se ponían a decir que el muerto había quedado igualito. AMEN.

Y ahora estás allí, Marcelino, en la caja fúnebre que te escogieron las primas, rígido y sin sentidos, asomando los primeros brotes de ese color mostaza que nos regresa al polvo originario. Te miro y escucho la oración desde un lugar X de la sala: **Y QUE BRILLE PARA ELLA LA LUZ PERPETUA...** (Para la prima **Gisela**: Te dije que debías dejarlo todo por un viaje; por una aventura donde Egipto sería apenas un anticipo. Te dije que emuláramos la ruta de Magallanes y que trazáramos los pasos de Marco Polo en un largo itinerario que debía comenzar en la calle de los espantos. Tu decisión, afirmativa, violentando compromisos de familia, sin detenerse a pensar en aquellas nupcias de antiguo abolengo, rompió con violencia la intimidad de mi miedo escénico. Desde entonces no te veo. Jamás he viajado. Ni prometo la utopía de Tomás Moro)... Porque voy a eso, Marcelino, a espiar el llanto de las primas; así, como siempre lo hiciste desde que murió la abuela entre unciones de alcanfor y paños calientes, con el cura regando agua bendita sobre el féretro y los monaguillos vestidos de payasos... AMEN.

INTEMPERIES

Dos poemas

Universo personal y cálculo de azar,
de probabilidad, es también todo
lo que con un golpe seco de hacha
o con un corte decidido de tijera
fue seccionado y cayendo de la mesa
desde hace más de un siglo y medio,
y prueba de ello es el cuerpo
cortejado en que vivís y tu andar
en círculo y siempre tan dificultoso.

Las cucarachas se han reproducido;
como trastos y malezas se han reproducido;
los olores bullen y los cimientos
-éste, el paisaje- se han quebrado;
fluye en agua amarilla en todo esto
y un murmullo denso y contenido
del que no hace falta entender más;
sólo que todo esto sucede en tu casa
y que a tu destino le serán decisivos
estómago fuerte, piernas fuertes.

POEMAS BREVES

(para escribir en los baños públicos)

1.
De todas las trampas y mentiras, la verdad
es la que más se combate en estos lares.

2.
En este país, la justicia
es sólo un deseo clandestino.

3.
Sólo con mucho dolor y mucho olvido
es posible que exista este monstruo.

Eduardo Dalter